

NIÑOS DE LA BIBLIA.



NACIMIENTO DE JESUS.

XXXVI.

JESUS.

Sumergido se hallaba el universo en los horrores de la general esclavitud, y en las tinieblas de la superstición y la idolatría: los hombres, sujetos á la odiosa tiranía del demonio, apenas osaban invocar al Salvador prometido en la ley y los profetas de un pueblo escogido, y este mismo pueblo se hallaba oprimido por la bárbara crueldad de sus dominadores, cuando vino á lucir para el pueblo de Israel la esperan-

Diciembre de 1849.

za de la redención y del rescate. En noche oscura del helado invierno, y despues de 4000 años de ansiedad y de esperanzas, nueva y refulgente claridad brillaba en el cielo, y un mensajero celeste, apareciéndose á los pastores, que desprevenidos guardan sus rebaños en los campos de Judea, les dice:

—No temais, porque he aqui que os anuncio un grande gozo, que será á todo el pueblo: que hoy os es nacido el Salvador, que es Cristo, Señor en la ciudad de David. Y esta será la señal, que hallareis al niño envuelto en pañales y echado en un pesebre.

Tomo III. 23

Al mismo tiempo, los celestiales coros entonaron las palabras:

—¡Gloria á Dios en las alturas, y al hombre en la tierra paz!

Si, la paz y la justicia tiernamente enlazadas empezaban á reinar en la tierra: ya estaba superada la distancia que habia desde la tierra al cielo, desde la criatura al Criador. El mismo Dios Omnipotente desde su altísimo trono, descendía hasta la ínfima condicion humana, y el Verbo se habia hecho carne por nuestra redencion.

Al punto los sencillos pastores, emblema de todos los hombres que no estaban adormecidos en el pecado, acuden al portal de Belen, y hallan al niño, como se les habia dicho, envuelto en pobres pañales, recostado, no en mullida cuna, sino en un pesebre lleno de paja; allí adoran las bellísimas formas y los atributos de aquel Dioshecho hombre como nosotros, como nosotros nacido y sujeto á nuestras mismas incomodidades. El espectáculo de un Dios hecho niño y bajado del cielo para conversar con los hombres, es un espectáculo mas capaz de escitarlos á su amor reverente y humilde, que las infinitas grandezas de su esencia divina, que ciertamente superaban á la inteligencia de aquellos sencillos pastores; sin embargo, los mas esclarecidos sábios y reyes de Oriente, guiados por la estrella que aparece en el cielo, vienen tambien á ver y adorar con sus ojos corporales al que ya han visto con los ojos de la fé, reconociéndole como á verdadero señor y rey de cielos y tierra, y ofreciéndole oro como á rey, incienso como á Dios, y mirra como á hombre.

El nombre de este celestial niño es Jesus: nombre dulcísimo, impuesto al hijo de Dios hecho hombre en el día de la circuncision, cuando con las primicias de su sangre divina anunció ya el sacrificio que habia de consumir, para alcanzarnos abundantes bendiciones y gracias; nombre es sobre todo nombre, y que es preciso invocar con fé, porque nada hay que resista al poderoso nombre de Jesus.

Ofrecido por la Virgen Santísima en el templo de Jerusalem, como ofrenda

hecha al Padre Eterno por todo ellinaje humano, y concedido el premio al anciano Simeon, de ver en carne mortal al Redentor de los hombres, ya empezó el divino niño á sufrir la persecucion de Herodes, monarca suspicaz y cruel, que quiso desahogar su impotente saña con la muerte de tantos inocentes, que por medio de una instantánea muerte temporal, alcanzaron la vida celestial que están gozando. Jesus, al huir á Egipto en compañía de la Virgen y San José, huyendo la persecucion del tirano, y al pasar en aquella tierra extraña algunos de sus floridos años, fué creciendo y manifestando cada vez mas la virtud y sabiduria de que estaba poseido, revelando que la gracia de Dios era con él hasta que volvió á Nazaret, cuando un celestial paraninfo se apareció á San José, para decirle que diese la vuelta á Israel, pues ya habia muerto el rey impío que buscaba al niño para darle muerte, logrando con tan buena nueva la sacra familia ver alzado el destierro que por cinco ó seis años estaba sufriendo en aquella lejana tierra.

En todo este tiempo el divino niño estuvo obediente y sumiso á la Virgen y á San José, y solo en una ocasion quiso sustraerse de su autoridad y apartarse de su lado, lo cual era un misterio y una señal de que ya se aproximaba su mision divina. Habia fiesta en el templo de Jerusalem, y despues de haber estado la Santísima Virgen con su hijo y San José en el templo adorando al verdadero Dios, al volverse á Nazaret, se les quedó el santo niño en el templo sin que lo echasen de ver. Volvieron cuidadosos y afligidos á buscar al niño por dentro y fuera de la ciudad de Jerusalem, hasta que pasados tres dias, le hallaron en el mismo templo, sentado entre los doctores, oyéndolos, preguntándolos y disputando con ellos con toda gravedad. Un niño que parece debia ser tímido y sencillo, ostentaba una inteligencia y una sabiduria muy superiores á su edad. En el templo se hallaban personas de todas clases y estados, que habian acudido á Jerusalem con motivo de la fiesta, y todas se agolpa-

ban alrededor de aquel niño, en cuya frente resplandecía la divinidad. Allí estaban los doctores, los sacerdotes, los sabios del templo, que atónitos á vista de tanta elocuencia y sabiduría, preguntaban:

—¿Qué niño es este? ¿Qué prodigio de sabiduría en tan tiernos años?

Esta fué la primera muestra que dió Jesus de las gracias y talentos que en él se encerraban, antes que llegada la época de manifestar quien era, y después de ser bautizado por San Juan, empezase la pública predicación de su doctrina, cuando ya se acercaba el tiempo en que había de padecer y morir por el rescate de la humanidad.

Al terminar esta serie de *Niños de la Biblia*, en la que hemos procurado poner de relieve el ejercicio de alguna virtud, no podíamos ni debíamos colocar mejor modelo que el niño Dios en quien vienen á cumplirse todas las

antiguas profecías, que á Jesus risueño, afable y niño también como aquellos para quienes escribimos. Jesus es el modelo, es el hermano de todos los niños, pues si no lo fuese, no hubiera hecho por amarlos, prodigios tan grandes y tan inauditos.

Animaos, pues, y regocijaos, queridos niños, porque si Jesus quiere ser vuestro hermano, señal es también de que quiere amaros con suma ternura, cariño y puro afecto fraternal. Ahora bien, niños, ó habeis de renunciar el honor y la dicha de ser hermanos de Jesus, ó estais también obligados á amarle verdaderamente y con sinceridad. Para esto es preciso no querer otra cosa mas que amar á Jesus é invocar con frecuencia su santo nombre, que debe estar perpétuamente grabado en vuestros corazones.

F. F. VILLABRILLE.

HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA.

XVII.

WITIZA.

El reinado de Witiza es uno de los mas fecundos en acontecimientos, si bien es preciso confesar con Masdeu que se sabe muy poco que sea cierto, y si mucho que es apócrifo; pero nosotros, lejos de colocarnos en el terreno de la polémica, por ser asunto harto embarazoso y árido para la comprensión de nuestros jóvenes lectores, seguiremos paso á paso lo que nos refieren autores de nota acerca de este rey, sin tomarnos el espinoso trabajo de analizar de una manera detenida las razones en que se apoyan los escritores que pintan á Witiza con un

colorido mas halagüeño y simpático que la mayoría de los historiadores.

Luego que Witiza se contempló esclusivo dominador de la España goda, solemnizó su entrada en el trono, ejecutando acciones dignas de un Salomón: fué indulgente, compasivo y tolerante; protector de la inocencia, celoso y eficaz en cuanto concernia al dominio de la corona, no dió un paso que no anunciara otros mejores para la prosperidad de la monarquía. Levantó el destierro á todos los que su padre había desterrado, y restituyóles sus bienes y haciendas; aminó la cuota tributaria que pesaba sobre sus vasallos; perdonó las deudas contraídas hasta entonces, y dió libertad á un sinnúmero de encarcelados, mandando quemar á la vez los autos, registros y protocolos que pudiesen designar en los siglos venideros los delitos

que habian cometido. Ninguno en el reino sospechaba que semejantes comienzos tuviesen un término tan opuesto como el que tuvieron, pues en vista de una aurora llena de luz tan esplendente, no parecia sino que amaneceia en España el siglo de oro, que hasta entones se habia interpretado como quimérico y fabuloso. «A imitacion de Tito, emperador, dice un historiador del siglo pasado, tenia por perdido el día que se le habia pasado sin hacer algun beneficio.» Pero el primer escalon que sirvió para desbaratar tan buenas inclinaciones, fueron los aduladores que le rodeaban, que buscaron manera y traza de trasformar en un verdadero monstruo de la naturaleza al que aparecia con signos evidentes de lo contrario.

Tenia Witiza una escesiva inclinacion hácia las mugeres, cuya apasionada cualidad le habia señalado en su juventud, pero habia sabido reprimirla por consideracion y respeto á su padre; mas viéndose libre y absoluto dueño en la ejecucion de sus deseos, se desbordaron sus pasiones á manera de torrente, y nada en el mundo fué bastante á poner un dique al abuso de sus deshonestas costumbres, bien que sus consejeros inmediatos le alenaban con su ejemplo en esta via perniciosa de relajacion.

En medio de su torpe y disoluta embriaguez, admitió en su palacio á un sinnúmero de mugeres, y á guisa de sultan, y aparentando adoptar en esta parte las costumbres mahometanas, las dió á todas el tratamiento de reina; pero semejante escándalo produjo al rey muy violentos ataques que le dirigian sus vasallos; murmuraban su conducta, y no faltaron personas sensatas que se echaron á los pies del monarca con la laudable pretension de que modificara sus costumbres. Witiza, estimulado con los consejos de sus allegados, y cauterizada ya su alma con el ponzoñoso veneno de la corrupcion, despedia con aspereza á las personas que se le acercaban sollicitas para desviarle del camino de su perdicion, y á fin de acallar el público clamor, quiso que todos fueran tan

delinquentes como él, y decretó una ley escandalosa y brutal que concedia á sus vasallos el mismo derecho.

«Tengan mis súbditos, decia, todas cuantas mugeres puedan mantener.»

El clero entonces levantó el grito, y el pontífice le envió una embajada que tenia por objeto hacerle ver lo altamente que le reprochaba el anterior decreto; pero Witiza por desgracia, constante en su siniestro propósito, se burló de los religiosos emisarios, y publicó un nuevo decreto en que hacia estensiva á los eclesiásticos la primera ley referente á los seglares.

«Puedan los religiosos, decia, haber mugeres como los seglares, y en número muy crecido, con tal que puedan mantenerlas.»

La esperiencia nos enseña á cada paso que hay siempre pocos delinquentes contra las leyes que favorecen nuestras pasiones, y por eso no es difícil suponer que semejantes decretos hallarian al punto acogida en la mayoria del pueblo seglar y religioso. En su consecuencia, la corte de Witiza fué un inmundo y cenagoso manantial de corrupcion; del palacio pasó el contagio á los cortesanos, y de estos al pueblo todo, por lo cual el pontífice levantó segunda vez el grito y buscó medios de contener tanto desórden. Renovó las súplicas, aconsejó, amonestó, y últimamente recurrió á la amenaza; pero Witiza, encenagado ya en el lodazal de la lujuria, no tenia en su pecho ni ley, ni fé, ni religion, y con intento de no escuchar en adelante los justos y sentidos clamores del santo pastor, publicó un tercer decreto, en el cual imponia pena de la vida á todo el que obedeciese los preceptos que S. S. imponia.

«Pues miro con júbilo, decia, que mis vasallos están muy contentos con las leyes publicadas por mí, y que lejos de adoptar un egoísta exclusivismo en mis goces, me muestro benévolo hácia mi pueblo concediéndole los mismos derechos que tengo.»

De este modo trascurrieron algunos años, durante los cuales quedó completamente desfigurada la fisonomia de España, y hasta en la mas insignifi-

cante aldea llegaban los chispazos del incendio de disolución que decoraba á la corte y á las grandes y populosas ciudades; pero... ¿qué mas? Ni el piadoso y sublime santuario donde residen la piedad y el recogimiento se vieron libres de tanta gangrenosa liviandad, donde, si en un principio encontró algun obstáculo, al fin las humanas pasiones quitaron todo género de escollo, y la deshonestidad penetró impune y desvergonzada por todas partes.

No obstante, en medio del universal contagio, se vieron ciertos escogidos que vituperaban al rey, y que seguían el carril que nos lleva á la virtud; compadecían á Witiza viéndole dotado de un natural mas á propósito para el bien que para el mal, y maldecían á las personas que le rodeaban, por con-

ceptuarlas causadoras de su inevitable perdición. Tentaron por última vez presentarse al rey y pintarle con los mas siniestros colores el lastimoso estado de la nación; lo consiguieron; se echaron de nuevo á sus pies, y con lágrimas y vehementes ruegos le señalaron el camino del bien por el cual debía encaminar sus pasos, y las exclamaciones de estos buenos vasallos encontraron algun eco en el corazón del rey; mas el contacto de sus pérfidos ministros varió el rumbo á la nave que después de una tremenda borrasca casi afrontaba ya con el puerto de su salvación... En una palabra, lo que había comenzado miseria acabó empedernimiento. Pero el hombre desordenado, aunque no encuentre leyes que sujeten sus maldades, tiene siempre un severo tribunal en su conciencia, que



MUERTE DE FAVILA.

no solamente le reprende, sino que tambien le pone de manifiesto la tortura con que debe ser castigado, y el espantoso remordimiento viene en

pos para arrancar la sonrisa de nuestros labios y la tranquilidad de nuestros corazones.

Esto sucedió al penúltimo rey de

los godos; comenzó á mirar detenidamente el mísero estado de su monarquía, y temió con justicia las mas fatales consecuencias. Lo primero que le vino al pensamiento fué que sería derribado de su trono, y esto prestó motivo á hacerle caviloso, luego desabrido, y últimamente cruel. Echó una mirada siniestra sobre aquellos que podían sucederle, y buscó medios de sacrificarlos al vigor de sus mal reprimidos celos.

Hallábase un día al lado de Favila, duque de Vizcaya, é hijo del difunto rey Chindasvinto; preguntóle éste por qué estaba tan triste y melancólico, y Witiza, mirándole despacio, le contestó:

—¡Sígueme!

Favila obedeció, y siguió al monarca hasta llegar á uno de los patios mas retirados del palacio, y cuando estuvieron allí dijo Witiza:

—El pueblo te ama, ¿no es verdad?

—Creo que sí, repuso sencillamente Favila.

—El pueblo te designa por mi sucesor; lo he conocido.

—¿Cómo quieres que aventure á suponer una cosa de la cual no estoy seguro?

—Yo si lo estoy; pero he jurado que los godos no obedecerán al duque de Vizcaya.

Y diciendo estas palabras, levantó el baston que llevaba en su mano, y le dió tan tremendo golpe en la cabeza, que le dejó caer en tierra muerto.

Witiza contempló el cadáver de su supuesto rival, y huyó en seguida asustado de su crimen, el cual le hizo mas taciturno y sombrío en adelante. Cobró aborrecimiento á todos sus ministros, desconfiaba de cuantas personas le rodeaban, y en cada rincon del palacio creía ver un asesino que asestaba el agudo puñal contra su pecho. En su delirio puso tambien los ojos en Teodofredo, su her-

mano, duque de Córdoba y padre de don Rodrigo: vió en este nuevo personaje otro aspirante al sòlo, y tampoco quiso perdonarle su crueldad; en su consecuencia mandó que le prendiesen y que le sacaran los ojos, cuyo bárbaro mandato tuvo la mas pronta ejecucion.

Tan repetidos actos de barbarie incomodaron al pueblo y públicamente se murmuró contra el tirano; mas este, para quitar al pueblo todo medio de sublevacion, desarmó á todo el que podía llevar armas, desmanteló las plazas, escepto algunas de bastante importancia, no comprendiendo en su loco frenesi que con esto abría las puertas á los sarracenos, que hacia ya mucho tiempo que acechaban con celosa envidia los dominios de nuestra fecunda España. ¡Qué florida y seductora se presenta á nuestros ojos la entrada de los vicios! ¡Qué aspecto tan deformé y aterrador presenta su salida!

Las sospechas de Witiza respecto á su asesinato se confirmaron; todas sus precauciones fueron inútiles, porque es sabido que la emboscada donde el criminal acecha, casi nunca está prevista por la víctima. Al pasar Witiza por un estenso corredor de su alcazar, seguido de una numerosa comitiva, fué violentamente asesinado á una señal de esta misma, que estaba en inteligencia con los asesinos. Asi acabó Witiza, experimentando el fin mas análogo á la vida relajada que habia observado.

Hay variedad de opiniones acerca del fin de Witiza; quien dice que fué asesinado, quien asegura que derribado del sòlo de resultas de una conspiracion y desterrado; pero estas circunstancias son dudosas hasta hoy, y es muy probable que siempre lo sean. La muerte de Witiza ocurrió por los años de 709.

I. A. BERMEJO.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

EUSTAQUIA.

(CONCLUSION.)

VI.

Después de las cabalas y de las maniobras mas odiosas, el enemigo de la familia de Almaro habia en efecto conseguido prevenir al principe, al punto que el monarca mandó formar un proceso contra ella: testigos subordinados y ganados á fuerza de dinero depusieron contra Almaro; los jueces engañados pronunciaron una sentencia de muerte que debía ser ejecutada en el término de veinte y cuatro horas; pero ya hemos visto como Ricordamo, este fiel amigo, tuvo conocimiento de esta sentencia antes, y lo puso todo por obra para sustraer á las desgraciadas victimas del hierro homicida; no pudo salvar mas que á Eustaquia; Almaro y Francisco, cuya fuga habia sido descubierta, fueron detenidos en el instante de su evasión.

El mismo día en que el infame adversario de Almaro arrancó al principe la confirmacion y la firma de esta sentencia, montó á caballo, y acompañado de dos criados, se retiró de la ciudad para ir á pasar la noche en su casa de campo. Gozaba con el placer de haber salido con felicidad en su proyecto de venganza, pero se vió precisado á detenerse en el camino para dar algunas órdenes, y para contestar á un despacho que le trageron de la ciudad. Bajó del caballo, entró en una posada, y pasó en ella algunas horas, no queriendo continuar su camino por causa del calor. A la caída de la tarde volvió á montar á caballo, y tomó el camino de la ciudad, viendo que su partida de campo le habia faltado: lo que le empeñaba sobre todo á regresar á su casa, fué el deseo de saber á la mañana siguiente muy tem-

prano la egecucion de Almaro, de su hijo y la de su hija, que debían sufrir su sentencia aquella misma noche.

Hacia media hora que el sol se habia puesto, y las tinieblas comenzaban á oscurecer la tierra, cuando este cruel perseguidor atravesó el bosque; sus dos criados le seguian á cierta distancia, pero de repente se detiene su caballo en el momento en que se encontraba en la encrucijada de dos caminos; el fogoso animal no quiso ya ni adelantar ni retroceder, é introdujo el miedo en el alma del caballero, que procura indagar la causa de este terror pánico.

Mientras que este desgraciado hace



DOS DESCONOCIDOS.

vanos esfuerzos para calmar á su corcel, distingue á unos veinte pasos de distancia dos hombres, á los cuales to-

ma por Almaro y Francisco. Entonces su imaginacion se estraña, y piensa ver á sus enemigos amenazarle con sus puñales; al mismo tiempo su caballo se pone cada vez mas furioso, no oye la voz de su amo, y se lanza como impulsado por una fuerza invisible en un foso que se obstina en atravesar, pero viéndose sujetado por las bridas, derriba al gineete y cae sobre él ocasionándole muchas heridas de gravedad. A los gritos del herido acuden los dos criados y asen al animal; levantan al amo, que encuentran bañado en su sangre y en el estado mas deplorable; se apresuran á socor-

rerle, vendan sus heridas y le cogen en brazos para trasportarle á su casa.

El herido no daba ningun signo de vida durante el tránsito desde el bosque á la ciudad, y solo, merced á los cuidados del cirujano, recobró sus sentidos. Desde que tuvo conocimiento de su estado, se despertó su conciencia y le recordó la injusticia que habia cometido hácia una familia inocente. Pidió un sacerdote y dos miembros del consejo privado del principe, y durante este intervalo conoció mas aun lo criminal de su conducta: entonces desapareció de sus ojos el brillo de los



REMORDIMIENTOS.

honores, de las riquezas, del poder, y no pensó mas que en el daño que habia hecho, y echó de menos el bien que nunca habia practicado, y pidió al cielo perdon de sus muchas faltas.

Sin embargo, la nueva de este funesto incidente se propagó con admirable rapidez; las calles se llenaron de gentes, y se hablaba en cada grupo de una cosa que se interpretaba como castigo del cielo. Cuando el sacerdote se presentó, el herido confesó sus faltas, luego hizo entrar á los jueces, y declaró que por calumnias que habia inventado, habia hecho condenar á muerte á la familia de Almaro, cuya ejecucion debia hacerse aquella mis-

ma noche. Rogó á los jueces que fuesen en su nombre á los pies del rey, y que le descubrieran el estado de las cosas, á fin de que los inocentes fuesen puestos en libertad. El principe quedó conmovido con los pormenores de los jueces, revocó la sentencia de muerte, y mandó que sobre la marcha pusieran en libertad á Almaro y á los suyos; reservándose el castigo que daria mas tarde á quien así habia abusado de su confianza.

Los jueces espidieron al punto dos correos, que partieron con la mayor rapidez: iban á sonar las doce en el reloj del castillo donde estaban Almaro y su hijo, y Eustaquia acababa de sa-

lir por una puerta secreta: el gobernador del castillo esperaba en su sala la hora fatal cuando el conserje le puso una carta en la mano que le mandaba poner en libertad á la familia de Almaro. Pasaron á anunciar á los dos



ALMARO Y SU HIJO LEEN LA CARTA.

cautivos que estaban libres, y que podían partir al punto si así les convenía: Almaro se hincó de rodillas y dió gracias al Señor por la merced que acababa de concederle. A las ocho de la mañana el prisionero partió con su hijo y llegó á la ciudad despues de las doce; descansó de sus fatigas y solicitó una audiencia al príncipe para el siguiente día. Con efecto, al día siguiente Almaro y su hijo se presentaron al monarca, quien les recibió con bondad, y ofreció reparar en lo posible la injusticia de su cautiverio.

Sin embargo, el desgraciado herido vivía todavía, entregado á las mas crueles angustias sobre la suerte de las victimas de sus furores; pero cuando supo que su sangre no había corrido y que el rey les había dado libertad se calmó, y refirió á sus hijos la vision que pretendía haber visto en el bosque, que consideraba como un castigo del cielo y como una advertencia de la celeste venganza.

Cuando Almaro y su hijo supieron el estado de su enemigo, tuvieron la generosidad de hacerle decir por su médico, que le perdonaban de todo corazon el mal que les había ocasionado, pero el desventurado enfermo murió al fin de resultas de sus heridas. Al cuarto día de la llegada de Almaro y de su hijo, tuvieron el consuelo de ver á Ricordamo, este fiel amigo: iban á sentarse á la mesa cuando este hombre generoso se arrojó en sus brazos, no pudiendo espresar la alegría que experimentaba al volver á ver á aquellos que juzgaba muertos. Despues de algunos instantes de conversacion, Almaro preguntó por Eustaquia, y Ricordamo dijo:

—Cuando dejé á esta respetable señorita me arrojé en mi coche esperando huir de los caballeros que me perseguían y atraer al mismo tiempo su atencion, pero fui al momento cogido por ellos. A medida que nos oproximábamos á la ciudad, comprendía por la conversacion de los que me escoltaban que mi cabeza respondia de mis tentativas: ignoraban como yo el funesto incidente ocurrido á vuestro enemigo; pero ¿cuál no sería mi sorpresa, cuando presentado á los jueces, me abrazaron y me colmaron de señales de amistad? Su language me pareció extraordinario y sin embargo, temblando, me informé de vuestra suerte; todo se aclaró y héme aquí en vuestros brazos para olvidar juntos nuestros pasados infortunios.

VII.

Eustaquia, que había tenido la dicha de reconocer á su padre, á su hermano y al marqués de Ricordamo, volvió bien pronto en sí, y adquirió la certidumbre de que no era juguete de su imaginacion, y aquellos que había creído muertos estaban efectivamente allí. Su espíritu recobró su tranquilidad y pudo contemplar las facciones de las personas que le eran tan queridas. Almaro le refirió la historia de su libertad, y la hizo saber que poco despues de su partida, quiso emprender con Ricordamo un viage á las comarcas donde éste había dejado á Eus-

taquia; pero que una obstinada enfermedad se lo habia impedido; que entonces habia suplicado á los gobernadores de las provincias que tomaran todas las informaciones posibles para descubrirla, sin haber por eso obtenido ningun resultado satisfactorio, y que hasta la primavera no tuvo el consuelo de poder efectuar su proyecto. «Par-

timos los tres, añadió; el espectáculo del Vesubio nos atrajo á este pais donde pensamos que te habrias refugiado y pedimos señas respecto á ti, pero nos respondian que ignoraban enteramente tu paradero; pero el cielo ha bendecido al fin nuestras pesquisas, y poseemos á la que nos ha hecho derramar tantas lágrimas.»



RUEGAN POR EL ENCUENTRO DE CAMILA.

Francisco, que apretaba la mano de su hermana contra su corazon, le refirió un sinnúmero de cosas concernientes á su marcha del castillo paternal, de su residencia en la prision, y le dió á entender que esperaba bien

pronto descubrir tambien á su querida madre. A estas palabras Eustaquia lanzó un profundo suspiro, mostró el retrato de Camila, diciendo que aquella buena madre no existia hacia ya mucho tiempo.

—Es verdad, dijo Almaro, que este es el retrato de mi esposa, pero fué hecho antes de mi union con ella, y no recuerdo haberle visto jamás en el castillo durante mi casamiento. Me parece que este retrato fué dado por Camila á una de sus amigas de infancia, y que de esta manera ha llegado á este pais.

Almaro llamó en seguida á la madre de Paulina, y la suplicó que la diera pormenores acerca de esta muger, y las señas que obtuvo le confirmaron mas en el pensamiento de que la muger en cuestion no era su esposa. «Una voz interior, dijo Almaro, me dice que Camila no ha muerto.»

Las observaciones de Almaro introdugeron la alegría en todos los corazones. Recompensó éste con largueza la hospitalidad que habian dado á Eustaquia: al quinto dia, que era domingo, la dichosa familia fué á la iglesia con Ricordamo y Paulina, y ambas jóvenes rogaron alli con fervor, mientras Almaro, Francisco y Ricordamo las contemplaban, la merced de hallar á Camila. En seguida esta familia montó en su carruaje y se dirigió hácia Nápoles, donde se proponia pasar algunos dias. El calor les impidió ir mas lejos y se detuvieron en una posada situada á la entrada de un pueblo. Una multitud de forasteros acudia de todas partes; Almaro preguntó al posadero el motivo que traia tanta gente á este pueblo.

—No es para visitar el pueblo, le respondió el posadero.

Luego cogió de la mano á Almaro y le llevó á un cuarto del primer piso.

—¿Veis allá en lo alto aquel monasterio y aquella bonita iglesia cuyo campanario parece tocar á las nubes? Ese es el monasterio de Santa Ursula; hoy se celebra el aniversario de su fundacion cuyo origen se pierde en la oscuridad de los tiempos: es una de las mas grandes fiestas de ese santo asilo, y la multitud viene para oír la música deliciosa que debe oírse esta noche en las visperas, y sobre todo para oír á la célebre cantatriz que habita en el convento y que entusiasma á todo el mundo con su voz mágica.

—¿Y cómo se llama esa célebre cantatriz?

—Ignoro su nombre, caballero, y lo que únicamente puedo deciros es que hace algunos años que edifica á las religiosas con su angélico fervor y con sus muchas virtudes. En este momento está encargada de la direccion del pensionado de las jóvenes, y sus talentos no ceden á la belleza de su voz.

Almaro escuchó con un silencio religioso estas esplicaciones del posadero, pues todo cuanto acababa de escuchar convenia perfectamente á Camila, quien efectivamente tenia una voz encantadora y brillantes talentos. Al instante bajó al patio, reunió á los suyos, manifestó cuanto habia sabido del posadero, y se decidió marchar cuanto antes al monasterio.

En fin, llegaron á la iglesia que encontraron adornada con gusto y magnificencia: las campanas llamaban á los fieles al oficio divino: Almaro y su comitiva ocuparon sus puestos enfrente de la tribuna donde se habian reunido los mismos. De repente sonó el órgano, terminaron las visperas, y el coro y los músicos quedaron silenciosos. Una voz armoniosa acompañada del sonido religioso de muchas arpas, entonó el *Salve Regina*, y de seguro hubieran aplaudido si la santidad del lugar no se hubiese opuesto á ello. «Es ella, es Camila,» decia en voz baja el dichoso marido, y las lágrimas humedecieron sus párpados.

—¡Oh padre mio, exclamó al mismo tiempo Eustaquia, es mi madre, no hay duda! ¡Oh qué felicidad!

Francisco no se manifestó menos conmovido. El brillante final con que terminó la cantatriz acabó de convencer á los agentes de que no se habian equivocado. Desde este instante no fueron dueños de dominar sus sentimientos; la embriaguez que inundaba sus almas era demasiado grande para que presatasen una grave atencion á la ceremonia. Prosternados en el momento de la bendicion del Santo Sacramento, atestiguaron al Señor con sus lágrimas, su vivo reconocimiento por el favor que acababan de recibir.

Sin embargo, la multitud fué lenta-



LA SUPERIORA DEL MONASTERIO.

mente desapareciendo; y Almaro y su familia, no pudiendo resistir al deseo de ver pronto á la que les habia ocasionado tantas inquietudes, se dirigieron á la puerta del monasterio y pidieron hablar con la abadesa. Una monja anciana los hizo entrar en el locutorio, y despues de algunos minutos apareció la abadesa. Almaro lanzó un grito de sorpresa, pues conoció en esta superiora á una antigua amiga de infancia de su esposa. La abadesa no quedó menos sorprendida con la llegada de Almaro.

—¿Cómo, exclamó, os encuentro aquí ya! ¿Los ángeles por ventura os han entregado la carta que os ha dirigido Camila? Hace solo tres dias que supimos vuestra libertad, y hoy ¿os presentais ya para buscar á vuestra esposa? Pero no quiero atormentaros mas con mis preguntas.

La abadesa tiró del cordon de una campanilla, y una hermana se presentó al instante.

—Hermana Teresa, la dijo la superiora, anunciad á la señora de Almaro, que su esposo y sus hijos la esperan en el locutorio.

La hermana partió.

—Pasad ahora al locutorio inmediato, dijo la superiora á Almaro, yo voy á abrir la verja, para que esta querida amiga pueda salir y arrojarle en vuestros brazos.

Con efecto, abrió la verja y se alegró. Algunos minutos despues la puerta del locutorio se abrió con impetu, y Camila con los ojos bañados en lágrimas cayó en los brazos de su esposo y de sus hijos.

VIII.

La abadesa tuvo la atencion de enviar á un individuo á una quinta que dependia del monasterio, y de mandar decir al conserge de ella preparase y ordenase todos los objetos necesarios á las habitaciones destinadas á estos personajes de distincion, pues como las reglas canónicas no permiten que los hombres habiten en los monasterios de religiosas, se tenia cuidado de tener siempre dispuestos algunos apo-

sentos situados en una posesion fuera del recinto del clausto para que se hospedasen en ella las personas que no se podian admitir en el interior del monasterio. En su consecuencia poco tiempo despues, la noble familia dejó el monasterio y tomó el camino de la quinta. A la entrada de la casa se hallaba el conserge rodeado de su muger y de sus hijos; Camila le tomó de la mano y lo presentó á su esposo diciéndo:

—He aquí, mi querido Almaro, el hombre caritativo á quien deboladicha de volveros á ver; pero antes de referiros mis desgracias nos sentaremos todos debajo de este emparrado.

Y así lo verificaron, y en seguida prosiguió Camila.

—Despues de haber perdido á Eustaquia, no supe lo que seria de mí. Me hallaba sin fuerzas, y sentada sobre una piedra, fatigada y muerta de hambre, esperé largo tiempo, cuando vi á un hombre á caballo que reconocí ser uno de aquellos que nos esoltaban la vispera. No dudando ya de que mi hija habia caído en sus manos, y que este caballero venia para buscarme con igual fin, alcé la voz para llamarla, pero mi grito fué tan débil, que el caballero no le oyó, y pasó sin verme. A la caída de la tarde la desesperacion me dió audacia y fuerzas para atravesar el camino con intencion de implorar la caridad de los transeuntes; pero en esta situacion Dios me envió un salvador, que fué el hombre generoso que mirais aquí; el valiente conserge, que atravesaba entonces el bosque con su carruage. Bajó de él, se enteró de mis necesidades, me dió á probar algunas gotas de vino y comí un poco de pan; me subió al carruage; me dijo que era conserge de Santa Ursula, á la cual llegaríamos á las doce de la noche; me acordé entonces de mi amiga de infancia, Celestina Glutana, que habia profesado en este monasterio, y supe ademas que acababa de ser elegida abadesa de este santo lugar. Llegamos á la quinta, estuve mala trece dias, durante los cuales á nadie conocia á causa de la fiebre, pero mejoré, gracias á los cui-

dados del médico del monasterio y de las estimables gentes que veis aquí. La abadesa me dió para que me cuidase una muger, en la cual reconocí á mi antigua nodriza. Quiso encontraros y partió con mi retrato recorriendo estas provincias, y no he vuelto á saber qué ha sido de su suerte.

Está en el cielo, respondió Eustaquia; y aquí teneis el retrato que tenía en sus manos en el momento de su muerte.

Y Eustaquia refirió cuanto había sabido acerca de esta buena muger.

—Dios la tenga en descanso, contestó Camila. Cuando me vi restablecida de mi enfermedad, me establecí en el monasterio donde su digna abadesa me demostró su amistad. Quise hacerme útil y di lecciones de música y de canto, y me encargué de la direccion del pensionado. Ya sabeis lo demas.

—¿Cómo supiste que yo había recobrado mi libertad? le preguntó su esposo.

—Tú mismo me has instruido de ello, respondió Camila.

Y sacando un papel de su bolsillo, mostró impresa una relacion del ministro del principe dirigida á los gobernadores de las provincias con orden de hacer todas las indagaciones

para descubrir el lugar de su retiro.

Tal fué la relacion de la señora de Almaro. Al poco tiempo dos sirvientas del monasterio llegaron con cestas cargadas de manjares que enviaba la abadesa; se puso la mesa debajo del mismo emparrado, y comió la dichosa familia. El nombre de Ricordamo fué pronunciado á menudo y elogiado, y despues se separaron para descansar.

A la mañana siguiente fueron al locutorio para ver á la abadesa, la que escuchó con un piadoso silencio la relacion de los infortunios. Algunos dias despues dejaron la quinta del monasterio, y se fueron á la capital, donde fueron presentados al rey por Ricordamo, y acogidos con estremada benevolencia. Luego Almaro, Camila y sus hijos abandonaron la capital, y pasaron á su antiguo castillo, donde antes habían sido tan dichosos, y Eustaquia, en medio de su felicidad, no olvidó á nadie de los que la habían favorecido en la desgracia: llamó á su lado á Laura y tambien á Paulina, á las cuales protegió.

Los pueblos veneran la memoria de esta familia, y refieren á los viajeros que visitan el monte Vesubio la historia de la virtuosa Eustaquia, acompañando á esta relacion las señales del mas profundo reconocimiento.

APUNTES MORALES.

CONFESIONES DE UN ESCOLAR.

CAPITULO X.

(Conclusion.)

Tanto como yo había querido á Mauricio, antes tanto le aborrecí despues; pedi permiso y lo obtuve de cambiar de sitio; durante las horas de recreo, no solo evitaba su contacto, sino que era lo suficiente que fuese de mi partida

para renunciar yo, y salir al punto del sitio donde él entraba. Por último, manifesté en mi casa cuanto me había pasado; mi tio Justiniano se ponía de parte de don Bernardo, insistiendo en que yo debía permanecer en su escuela, pero últimamente se vieron precisados á sacarme de este establecimiento, merced á mis ingeniosos ardides para obtenerlo. Celebróse un consejo de familia; tratóse gravemente del asunto, y últimamente se combino por unanimidad mi separa-

cion del instituto de don Bernardo. Pero aquí entra el paso mas doloroso: mi tío Justiniano se brindó esta vez para buscarme una institucion á propósito, y dijo á mi padre:

—Soy de opinion que Ildefonso entre en un colegio en clase de interno, y no salga de él durante el periodo de un año.

A estas palabras mi madre y yo nos miramos llenos de consternacion; caí en sus brazos, y ella me estrechó tiernamente contra su seno con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Cómo, tío! exclamó: ¿quiere vd. arrancarme á mi niño, privarme de su vista por todo un año? ¡Qué tiranía!

—Conozco una buena casa, prosiguió mi tío friamente, dirigida por un venerable eclesiástico, hombre grave y severo, que pudiendo vivir con comodidad, ha abrazado gustosamente la carrera de director de colegio. En su casa no existen esos cálculos mezquinos, ni esas miserables consideraciones de personas que envilecen la noble carrera de la instruccion pública; todos los discipulos son iguales á sus ojos; la disciplina es grave y severa á la vez; la educacion enteramente religiosa, y dirigida de modo, que solo tiende á formar hombres virtuosos é instruidos; en fin, la última y poderosa garantía que ofrece á las familias es la del número de sus discipulos que no llega á cuarenta, lo suficiente para mantener entre sus discipulos una laudable emulacion, y por eso quiero que Ildefonso pertenezca á este instituto modelo.

—Pero mi hijo, repondió mi madre, vendrá á vernos con frecuencia.

—No, hija mia, respondió el general; los discipulos de esta casa no salen mas que tres veces al año; en vacaciones, por pascua, y el día de año nuevo.

—¡Tres veces al año! repitió mi madre levantándose del sillón. La madre mas indiferente del mundo no podria nunca aceptar semejante proposicion.

—Cálmate, esposa mia, decia mi padre.

—¿Eso dices? preguntaba mi madre y me oprimia contra su seno.

—Adios, señores, dijo el general; vds. rechazan mi intervencion en este negocio; me retiro en consecuencia.

—Pero mi padre le sujetó y habló de modo, como quien procura conciliar todos los extremos. Mi tío no escuchaba y se disponia á partir.

—Tío, dije yo tambien tendiéndole la mano; vuelva vd., yo se lo ruego.

—¡Cómo! dijo mi tío dándome la mano. ¿Serás tu mas razonable que tu madre?

—Si, si, tío, contesté sollozando, estoy resignado á ir donde vd. disponga.

—¡Ay! exclamó mi madre, ¿tú tambien quieres dejarme?

—Lo que quiero, madre mia, es que mi tío no se vaya enfadado; además, he comprendido que yo debo ir á ese colegio. Estaremos separados poco tiempo.

—Que sea lo menos posible, dijo mi madre, pues de lo contrario moriré de dolor.

—Eso dependerá de Ildefonso, dijo el general.

—Diga vd., tío, añadió, ¿qué se espera de mí para abreviar la separacion?

—Una perfecta conducta, amigo mio, si por espacio de un año no has dado lugar á una queja grave, yo me obligo á traerte á la casa paternal.

—Ildefonso, mira que es mucha la separacion de un año, dijo mi madre, y sin embargo podré aliviarla con esa esperanza.

—No tenga vd. cuidado, mamá; prometo ser bueno, y ya sabes, que cuando prometo una cosa, sé sostener mi palabra.

—Bien, Ildefonso, muy bien, digeron á un tiempo mi tío y mi padre.

—¡Ay! si digeses verdad! murmuró mi tierna madre.

—Se lo juro, mamá, será como te lo prometo.

—¿Y cuándo es la separacion, general? preguntó mi madre.

—Hoy mismo.

—¿Tan pronto? ¿Sin que tenga el tiempo de acostumbrarme á esta idea?

—Retardar esta separacion, fuera hacerla mas dolorosa todavía.

—Pero no hay nada dispuesto, general, respondió mi madre; su maleta....

—Yo me encargo de todo.

—Es preciso que se despidan de su tío Luciano, de su abuelo, de sus primas....

—El escribirá á todos. Yo me encargo de escusarle.

—¿Pero mi padre no verá en esto un proceder extraño?

—No te inquietes; don Higinio aprobará lo que yo haga.

—Pero este día al menos....

—No, ahora.

—Nada mas que una hora, general! ¿Me negará vd. una hora?

—Si; dado caso que me lo permitas; pues dentro de una hora será preciso separarnos, y ambos habreis sufrido una hora mas.... Vamos, Hdefonso, abraza á tu madre y partamos.

—¿Y podré ir á ver á mi niño siempre que quiera?

—No, hija mia, es un consuelo que tampoco puedo conceder, tengo por costumbre no engañar á nadie; el locutorio del director don Mariano no se abre mas que una vez á la semana.

—¡Ah! eso es insoportable, exclamó mi madre; eso es enviar á su hijo, en vez de colegio, á una cárcel.

—Cálmate, esposa mia, dijo mi padre, tu hijo te escribirá y tú le contestarás todos los dias.

—¡Vaya un grande favor!

Me abracé diez veces á mi madre; diez veces me dejó ir, diez veces corrió para volverme á abrazar; yo me encontraba tan abatido, que algunos momentos creí que estaba soñando; en fin, llegó un instante en que mi madre se lanzó sobre el divan como debilitada por tantas emociones; mi tío se aprovechó de esta circunstancia para llevarme; bajamos rápidamente la escalera, nos metimos en su coche antes que yo tuviese el tiempo de conocer lo que me pasaba.

El coche partió al galope; ¿cuánto tiempo duró nuestro viaje? lo ignoro, pues creo que habia perdido la facultad de pensar.

Llegamos al fin á una casa de ancha fachada y de hermosa apariencia;

la puerta se abrió como si se nos hubiese estado esperando; el coche se detuvo en un gran patio al pie de una grande escalera que conducia á un vasto vestibulo; desde allí atravesamos muchas piezas adornadas con lujo, y penetramos en un gabinete de estudio cuyo aspecto me dejó helado; pues tanta era la austeridad que revelaba en las costumbres del que lo habitaba.

Al cabo de un cuarto de hora, unas ligeras pisadas nos anunció al director don Mariano: era un hombre de elevada estatura, de rostro pálido y ascético, sus cabellos eran blancos como la nieve, aunque apenas contaba cincuenta años de edad; al entrar nos saludó con un gesto, y nos mostró las sillas; luego se sentó él y miró, y mi alma se heló.

No conservo mas que un vago recuerdo de la conversacion que tuvo con mi tío; me hallaba demasiado afectado para prestar la mas minima atencion.

El general me abrazó con mas ternura de lo que acostumbraba, y partió. Cuando me vi solo, se apoderó de mi un gran temblor, y tuve miedo de verme en aquel vasto, sombrío y silencioso recinto, enfrente de un sacerdote, cuyo semblante era tan frio, cuya mirada tan penetrante, y sus facciones adelgazadas por un sufrimiento secreto, si me hubiese atrevido, me hubiera escapado. Me dieron impulsos de arrojarle á sus pies y de suplicarle que me dejara marchar á casa de mi madre; pero conocí lo inútil que seria dar este paso, y permanecí inmóvil en mi asiento.

El director no habia cesado de considerarme atentamente; en fin, habló, y quedé admirado al hallar su voz dulce y penetrante.

—Pobre niño, dijo á media voz como si se hablase á si mismo, ¿cómo sufre!

Luego, dirigiéndome la palabra, me dijo:

—Vd. es muy desgraciado en este momento, ¿no es verdad? .

Y como yo no respondia mas que sollozando.

—Si, añadió, no hable vd., que eso duplicaría su dolor. Vd. debe experimentar la necesidad de descansar aunque no sea mas que cuatro horas; se va á conducir á vd. á su aposento; mañana haremos mas ámplio nuestro conocimiento; acaso tenga la fortuna de conquistar su confianza de vd. Vamos, id ahora á entregarse al descanso.

A este tiempo tocó una campanilla; vino un criado y me condujo por grandes corredores á una pequeña habitación; yo le di gracias mientras me desnudaba y me metí en la cama; el director don Mariano habia comprendido perfectamente la urgente necesidad que yo tenia de descansar. Tantas distintas sensaciones habian agotado mis fuerzas, y apenas dejé caer la cabeza sobre la almohada cuando me quedé dormido. Este sueño en que primeramente casi fué una especie de somnolencia mas bien que un sueño, pues creí escuchar los gritos gozosos de muchos niños que jugaban.

Esta sensacion se fué debilitando gradualmente y llegué á no experimentar nada. Dormí como se duerme á nuestra edad despues de un dia fatigoso.

Cuando desperté el sol estaba ya sobre el horizonte hacia mas de cinco horas; sus ardientes rayos inundaban mi habitación; de pronto me sobrecogió la novedad de los objetos que me rodeaban, y tuve necesidad de algunos momentos para recordar lo que me habia pasado el dia antes; en fin, mis ideas se esclarecieron y me acordé que estaba en un colegio, cuya palabra trajo algunas lágrimas á mis ojos. «¿Pero á qué viene esto? me dije, ¿qué consigo con esto? ¡Valor, pues, y procuremos ser lo menos desgraciado posible!»

Esta buena resolucion tuvo por primer resultado el examen de mi nuevo domicilio. Mi habitación no era, propiamente hablando, mas que un gabinete, pero mas que suficiente para un personage como yo. Mi ventana daba á un jardin tan delicioso y animado con sus flores que daban ganas de pasearse en él. Comprendí que este era

el sitio de recreo para los niños, y me alegré. Mi cuarto tenia una cama de hierro con cortinas blancas; una cómoda de nogal, una silla, una mesita tocador de la misma madera y una pequeña mesa de estudio: encima de esta mesita y en la pared habia un crucifijo; al verle me arrodillé delante de él y dije estas palabras del Salvador: «Venid á mi vosotros los que sufris y yo os consolaré.» *Venite ad me, omnes qui laboratis, et vos reficiam.*

Cuando me levanté, el director don Mariano estaba delante de mi, y me contempló con dulce y santa alegría.

—Vd. ha sido educado cristianamente, hijo mio, y por ello doy gracias al Señor. Tendrá vd. hambre, no habiendo comido nada desde ayer. ¿Quiere vd. venir á desayunarse conmigo? luego nos pasearemos juntos un rato en el jardin.

—Si, señor, le respondí; me desayunaré con mucho gusto y me pasearé con vd., si lo permite.

El desayuno se componia de una taza de chocolate; era excelente y me gustó: al desayuno siguió el paseo, y el director evitó renovar mis sentimientos hablándome de mi familia; me preguntó algo acerca de mis estudios, de mis gustos y de mis costumbres, y hablando de esta manera, añadió:

—Ya conocerá vd. en la hora de recreo á sus nuevos compañeros, y le dejó solo con ellos.

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, cuando se oyó el sonido de una campana, y casi al mismo tiempo de cuatro salas diferentes salieron cogidos de las manos cuatro divisiones de discipulos. Llegaron silenciosos al jardin; sonó de nuevo la campana, se rompieron las hileras y se armó la algazara consiguiente.

Ya vds. saben que un nuevo discipulo es una especie de animal curioso para los demas; primero le miran de lejos, se comunican la impresion que produce su vista, luego se van acercando, despues se le dirige la palabra para preguntarle su nombre, y últimamente, se le convida á jugar y forma parte de la gresca.

—Vaya, paseemos hablando, me dijeron dos de entre ellos: ya te instruiremos de la vida que llevamos aquí.

Acepté y supe que allí era costumbre levantarse á las cinco de la mañana en el verano, y á las seis en el invierno: que lo primero que se hacia al levantarse era rogar á Dios; y diez minutos despues ya debia el discipulo estar completamente arreglado; se lavaban con agua fria. Me estremeci pensando en el efecto que debia producir en mi piel y en mi sangre ardiendo todavia del sueño esta agua casi glacial del invierno.

—Sosiégate, me dijo uno de mis dos camaradas; se acostumbra uno fácilmente á ello, pues nada hay mas sano, y despues que ha pasado un rato se siente un cierto placer. Nos ponemos á estudiar en seguida hasta las ocho. Luego nos desayunamos con un pedazo de pan seco, y nos ponemos á jugar hasta las ocho y media.

A la palabra de pan seco me estremecí.

—¿Y despues? pregunté deseoso de saber mas pormenores.

—Despues viene la clase hasta las diez y media, recreo hasta las once. Estudio hasta la una y media; se come...

—¡Ah! ¿se come aquí á la una y media?

—Sí; porque como no tenemos mas que un pedazo de pan en el estómago...

—¿Y se sigue comiendo pan seco?

—No, hombre. La comida es excelente. Sopa, cocido con carne, tocino y chorizo y postres. Luego recreo de dos horas; estudio de dos á tres; clase de tres á cuatro y media; y recreo hasta las cinco y media y merienda.

—¿Y de qué se compone la merienda?

—De lo mismo que el desayuno de por la mañana, pan seco.

—Es bastante frugal. Aquí se come mucho pan seco.

—Mucho, mucho. Estudio desde las cinco y media hasta las ocho. Cena excelente como la comida; recreo hasta las ocho y tres cuartos; despues se reza... y á la cama.

—No deja de ser divertido. ¿Y los castigos?

—No hay ninguno.

—¿De veras? ¡Cosa maravillosa!

—¿Tan juiciosos son aquí los discipulos?

—Sí, y no por temor al castigo, sino por conciencia.

Todo el tiempo del recreo le pasé en esta conversacion; la campana tocó á entrada y el director don Mariano vino á buscarme al jardin y me ofreció pasar el resto del dia descansando si aun me hallaba cansado, pero yo dije que queria hacer ya lo que mis camaradas y pasé con ellos á la sala de estudio.

En suma, mis queridos lectores, ya habrán podido ver en el curso de esta relacion, que ninguna profesion es tan útil ni tan difícil como la del maestro de enseñanza. Tambien habrán observado que las familias se hallan siempre demasiado dispuestas á adular las debilidades de sus hijos, y yo aconsejo á vds. que se guarden mucho de abusar de esta tendencia en provecho de vuestras pasioncillas, pues sereis las primeras victimas de ellas.

Daré término á mis *confesiones* de escolar manifestando que de esta manera se cumplió el año; que fui hombre capaz de sostener mi palabra, y que al cabo de este tiempo volví á la casa paterna para entrar en un colegio. Ademas, escuchadme estos cortos consejos.

Amad con preferencia á vuestros padres: pedid constantemente á Dios que prolongue su vida; dad gracias á Dios si os ha dado un buen padre y una buena madre, cuyos tesoros son de una pérdida irreparable, pues deja en el alma un vacío que nada en el mundo es capaz de llenar.

Un niño que conoce el precio de semejante bien será siempre un buen escolar; vosotros lo habeis podido observar como yo, mis queridos camaradas; ningun esfuerzo es penoso para un corazón donde arde el amor filial.

Si tengo posibilidad, daré al público la continuacion de estas *confesiones* verídicas bajo el título de *Memorias de un colegial*. Adios, compañeros míos.

LA CATEDRA EN EL CAMPO, O SOLACES DE UNA FAMILIA PROSCRIPTA.



ACIS, POLIFEMO Y GALATEA.

MITOLOGIA.

(CONCLUSION.)

XIII.

Ceix y Alcione. Ceix, hijo de Lucifer y rey de Traquina habia ido á con-

sultar al oráculo, y á su regreso pereció en el mar. Alcione, su esposa, hacia todos los dias vehementes suplicas para obtener de Juno que volviese felizmente. Esta diosa le envió á Morfeo durante la noche para hacerla saber que Ceix habia naufragado. Desesperada acudió á orillas del mar al mismo sitio donde ella se habia despedido de

su marido, y habiendo visto á lo lejos flotar su cuerpo sobre las aguas, se precipitó en el mar y ambos fueron metamorfoseados en alceones. Los dioses consintieron en que el mar estuviese tranquilo todo el tiempo en que estas aves hacen sus nidos y poen sus huevos en la ribera.

Acis, Polifemo y Galatea. El ciclope Polifemo amaba apasionadamente á Galatea, y llegó á estar celoso de Acis, amante correspondido de la ninfa, y habiéndole un día sorprendido con ella le aplastó bajo una enorme piedra. Neptuno á los ruegos de Galatea cambió á Acis en un río que lleva su nombre y que atraviesa la Sicilia.

La sibila de Cumas. Deifobéa, hija de Clanco y sibila de Cumas, fué amada de Apolo, quien por premio de su virginidad la prometió concederle todo cuanto pidiera. La virgen cedió al amor del dios, y le pidió vivir tantos años cuantos granos de arena pudiese contener en su mano, pero no se acordó poder conservar durante tan larga vida la fuerza y la frescura de su juventud, y por consiguiente llegó á ponerse tan decrepita, que no le quedó mas que la voz para predecir el porvenir.

La ninfa Egeria. A fin de dar mas autoridad á sus leyes, Numa fingia consultar á una ninfa, llamada Egeria. Segun Ovidio, se casó con ella. La muerte de Numa causó tan vivo dolor á Egeria, que se retiró á un bosque para llorar allí amargamente á su marido, y derramó tantas lágrimas que se convirtió en fuente.

He dicho, aunque en compendio, cuanto concierne á las metamorfosis mitológicas; pero no abandonaré mis esplicaciones hasta decir algo, aunque por via de apéndice, respecto á las principales divinidades de los egipcios.

Ammon. Baco, hallándose á punto de morir de sed, imploró el socorro de Júpiter, el cual se apareció bajo la forma de un carnero, el que cavando la tierra con sus cuernos, hizo surgir un manantial. Levantóse en el sitio donde se habia verificado este milagro un altar á Júpiter, quien fué llamado Ammon, á causa de las arenas que es-

tán en esta comarca. Los libios le edificaron bajo este nombre un templo magnifico en los desiertos al occidente de Egipto, y venian desde muy lejos á consultar la estatua de aquel dios de los oráculos. Le representaban bajo la forma de un carnero.

Anubis. Anubis, hijo de Osiris, era adorado bajo la figura de un perro, y de aqui el epíteto de *Ladrator*, que le da Virgilio. Su estatua se veia á la puerta del templo de Isis y de Osiris; se llevaba en las solemnes pompas dedicadas á estas divinidades. *Cinópolis*, es decir, *la ciudad de los perros*, fué edificada en honor suyo, y se alimentaban allí una cantidad de estos animales que se llamaban *perros sagrados*.

Apis. Apis era el nombre del buey sagrado de los egipcios. Cuando este buey moria, se celebraban sus funerales con una magnificencia increíble, y despues que se habian hecho todos los honores al muerto, se le buscaba un sucesor. Le reconocian por ciertos signos particulares, entre otros una mancha blanca en la frente; parece que los egipcios adoraban bajo la figura de este buey á una especie de encarnacion de Osiris.

Canope. Era el dios de las aguas, el dios del Nilo. Le representaban bajo la forma de un gran vaso con una cabeza humana y cubierta de geroglíficos.

Isis. Isis, hermana y esposa de Osiris, habia reinado con él en Egipto: como habian hecho la felicidad de sus súbditos, y dedicándose principalmente al progreso de la agricultura, los egipcios los adoraron despues de su muerte. Se creyó que el alma de Isis habia pasado á morar á la luna, y la de Osiris al sol. A Osiris estaba opuesto Tifon, genio maléfico, porque durante su vida, Osiris habia sido perseguido por un hermano llamado Tifon. Se podria sin el auxilio de estas tradiciones reconocer en el culto de estas divinidades la creencia de la mayor parte de los pueblos orientales en la existencia de dos principios contrarios.

Knef. Este nombre designaba en

a alta teología del Egipto el Ser Supremo. Este dios era representado con un huevo que salía de su boca, porque el huevo entre los egipcios era el emblema del universo.

Serapis. Serapis y Osiris parecían no constituir mas que una sola divinidad. Comunmente representaban a Serapis envuelto en telas desde los

pies a la cabeza, y algunas veces rodeado de una enorme serpiente cuya cola tenía en su mano izquierda.

DIVINIDADES PERSAS.

Ahriman. Se designaba bajo este nombre al mal principio, al dios del mal, al antagonista de Ormuzd, que era el buen principio.



ODIN.

Amchaspands. Genios celestes, propicios al hombre y al mundo, en número de siete.

Mithra. Los libros de Zoroastro hacen mención del dios Mithra, pero su culto es muy oscuro, y los sabios no han podido ilustrarle todavía.

DIVINIDADES DE LOS GALOS.

Los galos tenían un gran número de divinidades: las principales eran *Teutates* y *Heso*. Adoraban en *Teutates*

al rey de los dioses, le inmolaban animales y hasta víctimas humanas. *Heso* era el dios de los combates.

DIVINIDADES DE LOS PUEBLOS ESCANDINAVOS.

El primero, y el dios mas antiguo de los escandinavos, era *Odin*. Símbolo del sol, no tenía mas que un ojo, ojo luminoso y fecundo; le daban por esposa a *Ruida*, símbolo de la tierra.

De su union nació *Vali*, el dios de la primavera, y *Thor*, el dios de la tormenta.

Con lo explicado creo haber dado fin, y hasta cierto punto haber dejado satisfecha la curiosidad de mis jóvenes oyentes.

Levantóse el padre Mateo, y se despidió de la amable familia, á la cual profesó grande cariño, y visitó muy á menudo.

Este mismo género de conducta respecto á sus hijos siguió adoptando don Casimiro por espacio de algunos meses, hasta que recibió una carta de Madrid, en la cual un amigo suyo le indicaba que podía regresar á su casa sin esposicion de ninguna clase. Los franceses se habian ausentado de la corte, y los partidos no estaban ya tan martirizados. Queda á la consideracion de nuestros lectores, el extraordinario regocijo de esta proscripta familia, que sin pérdida de tiempo hizo todos los preparativos para regresar á Madrid. Se despidieron del padre Mateo, escribieron al cazador de Ecija, participándole tan dichosa nueva y tan deseada determinacion, y un dia sereno y apacible, montaron todos los

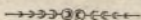
desterrados en un carruage y se dirigieron á la corte.

La casa de don Casimiro volvió á tomar su primitivo aspecto de tranquilidad; sus amigos, que eran numerosos, vinieron solícitos á visitarle y á ofrecerle su antigua amistad; Ramon fué puesto inmediatamente en un colegio de los mas principales de la capital de España; Carolina siguió al lado de su madre, y tuvo un preceptor que venia todos los dias á darla lecciones de escritura, de aritmética y de gramática castellana; pidió su antiguo maestro y profesor de música que le enseñaba á tocar el piano, y su maestro de dibujo.

Carolina se halla hoy recien casada en Barcelona con un rico comerciante que la adora, al contemplarla tan buena y laboriosa á pesar de sus riquezas; Ramon es brigadier de ejército y se encuentra á la cabeza de un regimiento de infantería en Zaragoza. Don Casimiro tendrá hoy unos setenta años, y su esposa poco menos, y en el tranquilo hogar de su rica casa, bendicen juntos á la Providencia, por haberles dado unos hijos tan buenos y virtuosos.

HOMBRES CELEBRES.

DON JUAN DE AUSTRIA.



Fué hijo natural del emperador Carlos V; nació en Ratisbona en 1547 y traído muy niño á España, le pusieron por orden reservada de su padre, al cuidado de un honrado hacendado de Villagarcía, llamado Luis Quijada, el cual, y su buena esposa, le criaron como á hijo suyo, con un esmero y vigilancia verdaderamente paternal. Dicen que al tiempo de morir el emperador, le declaró al rey

Felipe su hijo, el hermano que le quedaba en Villagarcía, y le encomendó mucho que mirase por él.

Es cierto que en un principio nada hizo Felipe II; pero pasados dos años dispuso que le acabasen de educar con los principes don Carlos y don Alejandro Farnesio, á los cuales aventajaba don Juan en las prendas del ánimo y en la gallardía del cuerpo. Mas esto que parece debia grangear la voluntad de su hermano el rey, como arrebatava el cariño de cuantos le conocian, fué sin duda el origen de aquellos celos con que

siempre fué tratado en la corte. Llevó muy á mal Felipe II la aversion que don Juan de Austria manifestó al estado eclesiástico, al cual le habia destinado el rey, siguiendo en ello el plan del emperador su padre. Por lo mismo desaprobó altamente el viage que sin orden suya emprendió don Juan para Barcelona, acompañado de algunos gentiles-hombres, con ánimo de pasar á la guerra de Malta, empresa que abandonó luego que recibió las cartas de S. M., en que le manifestaba su desagrado. Hizo mas en esta



DON JUAN DE AUSTRIA.

ocasion: á la obediencia añadió una gran prueba de fidelidad y aun de lealtad, revelando al rey las maquinaciones del principe don Carlos, logrando con esto entrar en la carrera

de las armas, y hacer brillar su valor conforme lo deseaba.

Andaban entonces alterados los moriscos de Granada, no bastando á ponerlos en paz el duque de Mondejar

sobre haberles vencido siete veces en los dos años que seguian sus alborotos. Este fué el primer teatro donde manifestó don Juan de Austria su valor y su prudencia. Enviado de general á Granada, en 1568, contentó á los nuestros, y apaciguó á los moriscos, quitando á estos la manera de poderse otra vez rebelar con esparcirlos por todas las tierras de Castilla. Mas no era aqui donde el jóven guerrero habia de inmortalizar su fama.

Habíase concluido en 1571 la famosa liga entre el sumo pontífice, el estado veneciano y el rey de España, para ir contra los turcos: el proyecto era juntar doscientas galeras, cincuenta mil infantes y cuatro mil caballos. Las fuerzas del papa debia mandarlas Marco Antonio Colona, las de Venecia Sebastian Venerio, y las españolas don Juan de Austria, el cual de comun consentimiento fué nombrado por general y caudillo de toda la armada. La victoria que alcanzó hizo inmortal su nombre, y pues fué la mayor hazaña de aquellos tiempos, justo es pintarla con la pluma de uno de los mejores escritores del gran siglo de nuestra literatura. «Asentadas las cosas como hemos dicho, dice el P. Mariana, salió la liga de Sicilia á 16 de setiembre de 1571. Llegó á las Echinadas, que hoy se llaman las islas Cuzolares, contrapuestas al golfo de Lepanto, ó sino Corinthiaco, donde tenian aviso estaba la armada turquesca. Era grande el deseo, que así los capitanes como los soldados tenian de venir á las manos; aparejaron sus conciencias con la confesion, y tomadas las armas, se pusieron en orden de pelear, las galeras venecianas á mano izquierda, el principe Juan Andrea Doria á la derecha; en el cuerpo de la batalla, se puso don Juan con las galeras de España, y en su compañía Marco Antonio Colona y el general veneciano. El comendador mayor de Castilla y el marqués de Santa Cruz don Alvaro Bazan con treinta galeras, quedaron al respeto para acudir donde fuese necesario. Salieron los enemigos de la boca del golfo, ordenaron sus galeras como lo acostumbran en forma de luna, con

intento de embestir con nuestra armada. Llevaban los nuestros seis galeras por frente, las cuales disparada la artillería pusieron los enemigos en desórden. Despues de ellas don Juan de Austria, el primero embistió con la capitana de los turcos, pero aunque con dificultad la ganó. Mató en ella al general de los enemigos, que se llamaba Ali-Bassa, y prendió dos hijos suyos, con que comenzó á declararse la victoria por los nuestros. Verdad que el corsario Uchali hizo gran daño en el cuerpo derecho de nuestra armada, porque tomó diez galeras, pero vista la rota de los suyos, se alargó á la mar, y escapó con buen número de sus galeras. Era un espectáculo miserable, vocería de todas partes, matar, seguir, quebrar, tomar y echar á fondo galeras: el mar cubierto de armas y cuerpos muertos teñidos de sangre: con el grande humo de la pólvora, nise veía sol ni luz, casi como si fuera de noche. Fué grande el destroz: doscientas galeras de los turcos parte fueron presas, parte echadas á fondo; los muertos y presos llegaron á veinte y cinco mil, veinte mil cristianos remeros puestos en libertad, de los nuestros no pocos perecieron, y entre ellos gente de mucha cuenta, por su nobleza ó hazañas. En conclusion, esta victoria fué la mas ilustre y señalada que muchos siglos antes se habia ganado, de gran provecho y contento, con que los nuestros ganaron renombre no menor que el que los antiguos y grandes caudillos en su tiempo ganaron; grandes fiestas y regocijos, llegada la nueva, se hicieron por todas partes, dado que á los hereges no les fué nada agradable.» Don Juan de Austria pasó aquel año apercibiéndose para nuevas batallas, y volviendo la vista á Flandes, donde las cosas andaban harto revueltas.

El turco no osó aparecer en el mar por entonces, aunque supo lograr con el oro que los venecianos se apartarán de la liga y dejasen solos al papa y al rey de España.

Este, cuando vió que el turco no habia dejado las aguas de Morea y de Navarino en todo aquel año, y que no

mostraba ánimo de venir á las manos segunda vez con los nuestros, hizo que don Juan de Austria con la armada que tenia aperebida contra los turcos, partiese para Tunez, de cuya plaza

se apoderó inmediatamente el héroe de Lepanto, enviando á su rey Mulcamide á Sicilia, para donde poco despues, asentadas las cosas y dejada guarnición, partió el mismo don Juan



FELIPE II.

con intento de pasar desde allí á España.

Acababa entonces de subir al trono pontificio Gregorio XIII, el cual hizo las mas vivas instancias al rey católi-

co, aconsejándole que diese el reino de Tunez á su hermano don Juan para tener libre de piratas el Mediterráneo, pero nada consiguió el sumo pontifice: antes por el contrario, el rey

Felipe ordenó espresamente que Tunez fuese demolida, en lo cual tampoco S. M. fué obedecido por su hermano. Mostróse siempre Felipe II tan envidioso de las glorias de don Juan, y de la grande opinion que en todas partes gozaba, que en 1575 le negó la gracia de declararle infante de Castilla, aunque si es cierto lo que dice el P. Mariana, le nombró por su lugar-teniente en todo lo de Italia con nombre de vicario; si bien lo que en esto pretendia, era que por la dilacion de los vireyes no se fuese de las manos la ocasion de hacer algun buen efecto.

Así es que don Juan en la misma armada en que era venido á España dió la vuelta á Italia para hacer rostro á los intentos del turco; pero el año siguiente habiendo muerto el gobernador de Flandes don Luis de Requesens, sucesor del duque de Alba, se vió el rey Felipe en la necesidad de nombrar á don Juan de Austria para aquel cargo tan difícil entonces como arriesgado. Don Juan, pasando por Francia disfrazado para mayor brevedad, llegó á la ciudad de Luxemburgo, cuando ya los flamencos ponian sitio al castillo de Amberes, y los españoles andaban amotinados viéndose sin cabeza. Don Juan para sosegar á los flamencos concedió que los españoles saliesen de aquellos estados, y en los castillos se pusiese guarnicion de los naturales, que fué resolucion muy perjudicial, como la llama Mariana, pero que la hizo inevitable el mismo Felipe II, que agitado siempre de sus envidiosos recelos le escaseaba los socorros de hombres y de dinero de que tanto necesitaba, atendida la situacion apuradisima de aquel pais.

Las cosas en verdad estaban tan

estragadas, y la insurreccion corria ya tan sin freno, que el principe de Orange puesto al frente de los rebeldes, trató de prender á don Juan de Austria. Entonces fué cuando el rey Felipe pensó en ponerle por asociado á su sobrino el duque de Parma Alejandro Farnesio, haciendo igualmente grandes aprestos para reducir á los flamencos. Pero adviértase que casi al mismo tiempo, unos asesinos mataban en Madrid á Juan de Escovedo, secretario de don Juan de Austria, y que hubo indicios para creer, como lo creyeron muchos, que dispuso esta muerte el célebre Antonio Perez, secretario de estado de Felipe II, y que la dispuso de órden de su amo, porque segun dijeron algunos, Escovedo negociaba el casamiento de don Juan de Austria con la reina de Inglaterra doña Isabel.

Esto pasaba en Madrid mientras el jóven de Austria haciendo llamamiento de soldados, enviando por los españoles que caminaban á Italia, tomando á los contrarios plazas y ciudades, trataba de estorbar vigorosamente la reunion de los alemanes y franceses que iban en auxilio del principe de Orange y de los protestantes. Con este noble objeto estaba don Juan de Austria acampado cerca de la ciudad de Namur cuando la muerte le arrebató en la flor de su edad, á principios del mes de octubre del año 1578. Murió de enfermedad acompañada de tristes sentimientos; pero murió como buen soldado en medio de los reales, al lado de los soldados, y sirviendo á su rey. Vivió poco favorecido de Felipe II, su hermano, pero murió admirado de los valientes, elogiado de los buenos, y llorado de toda la cristiandad.

CUENTOS PARA LOS NIÑOS.

LA METAMORFOSIS.

CAPITULO IX.

EL RESENTIMIENTO.

Sofía pasó un mes afectada con la tristeza y el desaliento; se fastidiaba horriblemente de verse convertida en gata y por no poder ver á su madre; se imaginaba que la señora Esperanza habia adoptado á una de sus primas, y este pensamiento la hacia llorar de envidia.

Se enfadaba viendo que no habia modo de enojar á su ama, ó al menos pensaba que para poder irritarla seria preciso meditar un caso grave; mas no podia decidirse á ello.

Sofía queria volver á tomar su primera forma; pero le costaba mucho ser ingrata y afligir á la buena Agustina que la prodigaba tantos cuidados; sin embargo, el deseo de ver á su madre la decidió.

Agustina tenia un hermanito, en el aposento del cual su gata no podia jamás entrar; siempre la habian alejado de él con severidad, temiendo que el niño nose incomodase por causa suya.

A pesar de toda la vigilancia de la gente de la casa, Sofía encontró medio de introducirse en el aposento, y ponerse al lado de la cuna del niño, y como él queria jugar con ella, le pegó un arañazo en la megilla.

Pero sucedió lo que no habia previsto; el niño, habiéndose vuelto mucho hácia la gata, el arañazo fué mas alto que lo que ella queria, y el pobre niño se vió arañado en un ojo. Sus gritos llamaron la atencion de Agustina, la cual acudió. ¡Oh! esta vez se encolerizó bastante, y rechazó á Sofía con indignacion, y Sofía se apartó mas desgraciada que antes,

pues conociendo que nunca la perdonarian haberse mostrado tan cruel.

Sofía no se determinaba á volver al cuarto de su ama desde este acontecimiento; andaba errante por todos lados, y pasaba noches enteras gimiendo; no veia medio de volver á conquistar la gracia de su ama, pues sabia que su hermanito seguia malo, y que su ojo no estaba todavia curado; pensando de esta manera se hacia justicia, y sentia que Agustina no la querria mas. Una noche, mas triste que nunca, se sentó sobre una teja, y reflexionaba amargamente acerca de la crueldad de su suerte, cuando de pronto distinguió una grande claridad en el aposento que habitaba el hermanito de Agustina, en la misma habitacion donde se le habia prohibido la entrada. Una lámpara colocada cerca de la cama del niño habia prendido fuego á las cortinas, las gentes de la casa estaban cenando, y nadie podia adivinar este peligro.

El aposento se llenaba de llamas, y el pobre niño, solocado con el humo, no podia tampoco gritar.

Sofía vió este peligro, no perdió la cabeza, se lanzó en el cuarto rompiendo un vidrio del balcon á riesgo de despedazarse las patas; despues, colgándose al cordón de la campanilla, hizo un ruido espantoso que puso en expectativa á todos los criados de la casa.

La misma Agustina acudió asustada; se precipitó en el aposento al través de las llamas, sacó á su hermanito en sus brazos, y su emoció fué tal, que no vió á su gata colgada del cordón de la campanilla.

Los criados no fueron tan indiferentes; primero apagaron el fuego á toda prisa, y luego que pasó el peligro, y que el pobre niño estuvo salvado, lanzaron grandes exclamaciones sobre

la manera extraordinaria, prodigiosa y no imaginada, por la cual el niño se había salvado. «A la gata debe el niño la vida, decían; sin ella se hubiera ahogado indudablemente. ¡Con qué inteligencia conoció el peligro! ¿Qué destreza no le sería necesaria para coger el cordón de la campanilla? ¡Maravillosa idea; esta gata tiene el talento de un mono!»

En su entusiasmo no se ofendían de haber acudido al sonido de una cam-

panilla tocada por un gato, lo que prueba que á fuerza de talento, un insignificanté personage concluye por mandar á los que son mas que él, sin que se admire el orgullo.

Agustina escuchando todos estos elogios quiso dar las gracias á su buena gata, á la cual su hermano debía la vida; pero Sofía que se acordaba del resentimiento de su ama no se determinaba á acercarse á ella, y desde que el niño estuvo fuera de peligro se había



SOFIA.

escapado no dudando que se harían de ella muchos elogios.

Sin embargo, ella no permaneció mucho tiempo en el tejado, pues la llamaban por todas partes.

—¡Sofía! decía Agustina con voz dulce y benévola.

Y Sofía bajó del tejado, lo que fué muy prudente, como lo van vds. á ver.

Entró tímidamente en el cuarto de su ama.

—Al fin te veo, dijo Agustina sonriendo.

Pero la gata se metió debajo de la mesa.

—Ya no estoy enfadada contigo, hija mía, añadió Agustina. Si has arañado el ojo á Federico el otro día, esta

noche has impedido que se abraze; has reparado muy bien tu falta; ven aquí y no te escondas.

Pero Sofia no se apartaba de su escondite; esperaba, esperaba aquella maravillosa palabra que tanto le costaba hacer pronunciar á su ama.

En fin, Agustina cada vez mas solícita se acercó á la mesa.

—Ven, pues, la dijo; no temas que te riña; ya no te aborrezco. ¡¡¡Sofia, yo te perdono!!!

Apenas pronunció estas palabras, cuando la predicción del hechicero se cumplió. Sofia volvió á tomar su primitiva forma, lo que le molestó un poco para salir de debajo de la mesa; pero al fin apareció bonita como antes era y vestidita con una elegante modestia.

CAPITULO X.

CONCLUSIÓN.

Se concibe cual seria la sorpresa de Agustina al ver salir de debajo de la mesa una encantadora niña, bonita como un ángel, en lugar de la fea gata que esperaba ver aparecer.

Sofia llena de contento se lanzó al punto en sus brazos.

—Lléveme vd. adonde está mi mamá, exclamó. ¡Qué dichosa va á ser en el momento que me vea!

Agustina era muy sensible, comprendió la exigencia de Sofia por ver a su madre; pero quiso antes de llevarla á su casa prevenir á doña Esperanza, temiendo que despues de tanto pesar, no la hiciese morir tan repentinamente alegre.

Doña Esperanza estaba justamente de regreso en Madrid hacia ya muchos dias.

Esta buena madre estaba muy enferma: hacia seis meses que habia perdido á su hija y no habia cesado de llorar. Sofia estaba impaciente por verla, y costaba mucho trabajo impedir que se abstuviese por entonces de abrazar á su madre; no podia creer que el gozo de volver á encontrar á su hija pudiese serle peligroso, porque los niños no pueden concebir que hay peligro en la felicidad.

Agustina, compadecida de su impa-

ciencia, pasó en persona á casa de doña Esperanza, buscando en su imaginación una fábula para preparar este pobre corazón de madre tan despedazado por el dolor.

—Señora, la dijo aproximándose con timidez á la señora Esperanza, y á la que halló como siempre lo estaba, bañada en lágrimas y rodeada de los objetos que recordaban la memoria de su hija, ¿me perdonará vd. si despierto en su corazón un recuerdo bastante doloroso?

—¡Ay, señorita! exclamó doña Esperanza que adivinaba que se trataba de Sofia, no tema vd. entristecerme habiéndome de ella, pues en ella estoy pensando siempre.

—¿No ha tenido vd. alguna noticia acerca de la suerte de esta niña desde el día en que desapareció?

—¿La ha tenido vd? preguntó vivamente doña Esperanza, cuyos ojos brillaban. Yo le suplico que me diga lo que sepa.

—Puedo equivocarme, prosiguió Agustina; pero he oído hablar casualmente de una niña con corta diferencia de la misma edad que la de vd., que robaron unos mendigos hace muchos meses y....

—¡Pobre Sofia! ¿Será posible que vivas? exclamó doña Esperanza casi delirando.

—Acaso no sea ella, dijo Agustina asustada al ver aquella viva exaltación; yo no he visto á la niña que han robado estos miserables, y por lo tanto ignoro si es la de vd.; pero si vd., señora, me da su retrato, ó las señas exactas de la niña que busca, yo podré....

—Hé aquí su retrato, interrumpió doña Esperanza; es semejante, aun cuando mi niña es mas bonita.

Y diciendo esto sacó un medallón que siempre llevaba á su cuello.

—¡Oh, Dios mío! exclamó. ¡Si yo pudiera encontrarla!

A estas palabras cayó desmayada; acudieron á socorrerla, y cuando volvió en sí se alejó Agustina dejándola con la esperanza que habia hecho nacer en su corazón.

La pobre madre pasó toda la noche sin dormir y en una agitación que es

fácil de comprender; tan pronto se entregaba á su loca alegría, no dudando de que le traerían á su hija á la mañana siguiente; tan pronto se desanimaba y creía que aquella felicidad no era posible para ella.

Aquella tarde habia recibido una carta de Agustina indicando que proseguía en sus indagaciones, pero que la rogaba no hiciese nada por su parte, pues tales indagaciones exigían mucha prudencia.

Al otro día, á eso de las diez de la mañana, doña Esperanza vió entrar á Agustina en su aposento; la jóven parecia tan contenta, que doña Esperanza al ver aquel aspecto se preparó á recibir una buena noticia.

—Tengo grandes y fundadas esperanzas, dijo Agustina; la niña que está en casa de los mendigos es rubia, muy rubia y tiene ocho años.

—Como mi hija.

—Se llama Josefina ó Sofia; mi nodriza, que me ha contado esta aventura, no ha podido retener con exactitud su nombre; lo que sí ha observado particularmente es que esta niña tiene los ojos azules.

—¡Es ella, es ella! ¡Oh! si yo pudiese verla!

—Esta noche, la veré yo, continuó Agustina.

—Yo iré con vd., dijo doña Esperanza.

—Guárdese vd. de ello; si el mendigo sabe que se sospecha de él, se ausentará de Madrid al punto, y mientras no lograremos nuestro fin. Dejéme trabajar á mi solá; á eso de las cinco de la tarde volveré á dar á vd. cuenta de mis pasos.

Con efecto, á las cinco volvió Agustina, y doña Esperanza al verla, corrió á abrazarla. Toda la alegría que iba á experimentar el corazón de una madre, estaba pintada sobre el hermoso semblante de la jóven.

—¡Mi niña! exclamó doña Esperanza. Es ella ¿no es verdad?

—Si, señora, respondió Agustina conmovida; era ella, la he hablado, pero no podrá vd. verla hasta mañana.

—¡Por qué! preguntó la madre impaciente.

—Porque hoy...

Agustina buscaba otra mentira, pero aquella madre que estaba allí temblando, llamando á su hija con los ojos, tendiéndole los brazos; aquella alegría, aquella impaciencia tan sagrada la intimidaban.

—Responda vd., dijo doña Esperanza; ¿por qué no puedo yo abrazarla hoy?

—Porque, respondió Agustina sonriendo, está vd. aun demasiado débil para una alegría semejante.

—No, no, exclamó la pobre madre; la dicha dá fuerzas; yo puedo ver á mi hija sin morir; tráigamela usted, tráigamela vd.

Entonces se oyó ruido en el cuarto inmediato.

—Lo adivino..., exclamó doña Esperanza fuera de sí; ella está aquí... vd. me la ha traído... ¡Sofia, Sofia! ¡Hija mia, hija mia!

—¡Mamá, mamá! contestó una voz querida; soy yo, ¡allá voy!

Y Sofia, á quien las gentes de la casa detenían en una antesala, consiguiendo escaparse, corrió á precipitarse en los brazos de su madre.

FIN DEL TOMO TERCERO.

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



INDICE.



NIÑOS DE LA BIBLIA

POR D. FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.

	PAGS.
Tobias.	4
Tobias y Azarias.	55
Tobias y su padre.	65
Joas.	97
Daniel.	129
Ananias, Azarias y Misael.	161
Daniel y Baltasar.	195
Esther.	223
Los Macabeos.	257
Los hijos de Matatias.	289
Maria.	321
Jesus.	553

HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA

POR D. ILDEFONSO A. BERMEJO.

Tudiselo.—Agila.	4
Atanagildo.	56
Linva.—Leovigildo.—Hermenegildo.	63
Muerte de Leovigildo.—Recaredo.	100
Linva II.—Witerico.—Gundemaro.	151
Sisebuto.	164
Sisenando.—Chintila.—Tulga.— Chindasvinto y Recesvinto.	196
Wamba.	228
Idem, continuacion.	259
Idem, conclusion.	291
Ervigio.—Egica.	523
Witiza.	555

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

De los juegos infantiles.—De las muñecas y de su origen.	9
--	---

PAGS.

A la coscogita ó á la pata coja.	41
Del columpio.	74
De la gallina ciega.	104
Del escondite.	177
Del aro y de la perinola.	204
¡El coco! ¡El bu!	241
Del lenguaje primero de los niños y de sus juegos, el papacal, las mongitas y las casitas.	265
Ande la rueda, daca la china, y la carrera.	295
De los diges infantiles de la Higa, asta de ciervo, etc.	527

APUNTES MORALES.

Confesiones de un escolar.	24
Idem, continuacion.	57
Idem, continuacion.	89
Idem, continuacion.	114
Idem, continuacion.	146
Idem, continuacion.	172
Idem, continuacion.	212
Idem, continuacion.	250
Idem, continuacion.	276
Idem, continuacion.	302
Idem, continuacion.	340
Idem, conclusion.	566

HOMBRES CELEBRES.

Memorias de Enrique Jung-Stilling (continuacion).	22
Idem, conclusion.	51
Primeros años de Salvador Rosa.	82
Confucio.	150
Vicente Espinel.	545
Don Juan de Austria.	574

ESTUDIOS RECREATIVOS.

	PAGS.
Juana de Arc, continuacion	14
Idem, continuacion.	42
Idem, continuacion.	76
Idem, continuacion.	105
Idem, continuacion.	155
Idem, continuacion.	163
Idem, conclusion.	200
El jóven Fritz.	252
Eustaquia.	266
Idem, continuacion.	297
Idem, continuacion.	351
Idem, conclusion.	359
Juan Francisco el Independiente.	486
Idem, continuacion.	216
Idem, continuacion.	255
Idem, conclusion.	279

LA CATEDRA EN EL CAMPO.

Ó SOLACES DE UNA FAMILIA PROSCRIPTA.

Higiene.	47
Idem, continuacion.	47
Idem, conclusion.	103
Mitología.	141
Idem, continuacion.	181
Idem, continuacion.	207
Idem, continuacion.	245
Idem, continuacion.	274

PAGS.

Idem, continuacion.	503
Idem, continuacion.	556
Idem, conclusion.	371

HISTORIA NATURAL.

El tigre.	189
El orangutan.	222
La hiena.	287
El tapir.	519
El babirusa.	551

CUENTOS PARA LOS NIÑOS.

El esclavo.	50
Idem, continuacion.	61
Idem, continuacion.	92
Idem, conclusion.	152
Idolos de la Oceania, ó Australasia.	127
Anécdota.	128
Historia del baile. — La danza en Egipto.	157
El gitano.	159
Mugeres célebres.	191
La mercancía de Alnaschar.	220
Del valor de la amistad.	285
El perro de Aubry de Mont-Didier.	286
La metamorfosis.	511
Idem, continuacion.	546
Idem, conclusion.	379

